



**XII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social  
FELAFACS - Pontificia Universidad Javeriana  
Bogotá, septiembre de 2006**

Mesa #16: Pensar la incertidumbre en la sociedad (¿de la información?)  
MODERADOR Hernando cruz

**EL PODER DE LA INCERTIDUMBRE  
Destinos Manufacturados**

**POR: LUIS FERNANDO MARÍN ARDILA**

**BOGOTÁ, COLOMBIA**

UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE  
Septiembre 26 de 2006

EL PODER DE LA INCERTIDUMBRE  
Destinos Manufacturados

La condición humana es trágica, ésta es, actúa en y por la incertidumbre, en la acción del hombre rara vez se corresponden el querer y el poder, la razón y la emoción, casi nunca podemos separar el progreso de la destrucción, el conocimiento del dolor; como lo dijera Walter Benjamin, todo documento de la civilización es un documento de la barbarie. Somos *sapiens-demens* y esto es una declaración filosófica que se refiere a la identidad humana. Sin embargo, hoy cuando hablamos de la crisis del futuro, de la ausencia o incredulidad frente a los grandes proyectos, de la perplejidad en que nos sume una condición histórica vertiginosa e inmediateista, señalamos una caracterización de la humanidad del siglo XXI, insegura, incierta y desprotegida. En este sentido esta semántica de la incertidumbre debemos entenderla por fuera del ámbito de comprensión trágica de la naturaleza humana y estudiarla en el campo de producción política e ideológica. La incertidumbre es un imaginario alimentado en pro de legitimar a un Estado débil frente al Mercado y fuerte frente a los individuos y las sociedades. Tanto los individuos como las sociedades se encuentran hoy día, fracturados por la lógica

**sistémica de la economía que funciona sobre la base de los residuos, el desempleo, la marginación, la flexibilidad, la competencia, la depredación, la insularidad.**

**Por : Luis Fernando Marín Ardila, Filósofo, Abogado, Magíster en Estudios Políticos, Investigador (Filosofía-Política.Comunicación y Educación), Profesor de la Maestría en Comunicación y la Maestría de Estudios Políticos en la Pontificia Universidad Javeriana**

## **EL PODER DE LA INCERTIDUMBRE Destinos Manufacturados**

**El sentido filosófico de la Incertidumbre.**

“El hombre cree conducir su vida y guiarse así mismo, cuando en realidad lo más íntimo de su ser sigue irresistiblemente el rumbo que le marca su destino”

**Goethe**

En sentido filosófico se puede afirmar que al ser humano le está dada la libertad de ser libre y la libertad de tener y escoger amos. A diferencia de los otros animales está en su poder liberarse de las conductas instintivas, repetitivas (*reducción del instinto*) y poder actuar. El ser humano es

*sapiens* y en simultánea *demens*<sup>1</sup>. Ello, entre otras cosas, quiere decir que el hombre como ser genérico, puede construir las condiciones de su existencia y, además, interpretar esa construcción de múltiples maneras. Algunas veces creará que su obra es creación de los dioses, otras veces pensará que es producto de su lucha, o de su voluntad, o de su ingenio o de su suerte. Como sea, el hombre hace mundo, su mundo, a nombre de él mismo o a nombre de poderes supraterráneos. Este poder de hacer un mundo, esta libertad de hacer un mundo, es también la incapacidad de garantizar que la obra sea perfecta, verídica, no errática. Poder hacer mundo, significa disponerse a la creación, decidir y, por lo tanto, optar, ordenar, incluir y excluir, seleccionar y, dicho de otro modo, entrar en el riesgo, en la no garantía de que coincidan el bien, la verdad y la belleza. Decidir es algo que se da en la incertidumbre, en ámbitos vecinos a la azarosa búsqueda, al error<sup>2</sup>, la ambigüedad, la desmesura.

En concordancia con estas afirmaciones, entonces, el hombre no es una imperfección natural, un ruido cósmico a ser reparado, una desviación limitada que necesita inmediata reparación; el ser del hombre es su constitución incierta, es constitutivamente incertidumbre porque es libertad. El hombre es un animal paradójico, un híbrido de naturaleza y cultura, materia y espíritu, ángel y bestia, libre y determinado, libre por necesidad, condenado a errar, condenado a crear, condenado a decidir. En su condena está su libertad; lo cual significa que el hombre es por naturaleza un animal errático, un ser incierto, un ser cuya perfección (si la tiene) es su inacabamiento; el hombre es un

---

<sup>1</sup> Morin, Edgar, *El paradigma perdido*, Edit. Kairós, Barcelona, 1974, Pág. 113 y ss.

<sup>2</sup> Error aquí alude a errar, a vagar. Liberados parcialmente de “la programación genética”, los hombres están en potencia de errar, de ser errabundos, conllevando esto el desacoplamiento, la brecha entre lo subjetivo y lo objetivo, lo racional y lo emocional, lo empírico y lo ideal, lo mítico y lo científico.

hacerse, un hacerse que no tiene garantía ni propósito de poder culminarse, de poder completarse, de poder realizarse en algún momento. Este sujeto en proceso, inacabado por naturaleza no es la criatura humana como la definen algunas religiones, carente por finitud, pecador por esencia. Cuando nos referimos al hombre filosóficamente, nos referimos a ese hacerse que nunca llega a puerto, no definimos esa imperfección a la manera religiosa –lo reiteramos–, es decir, considerándolo por defecto de diseño, por pecado original. De modo distinto a las religiones de la culpa, por ejemplo como lo expresó la tragedia griega, el hombre es un hacerse, un *siendo* porque luchar contra el destino, es el humano destino.

De tal suerte que en estos términos el hábitat humano es la incertidumbre, los seres que viven en la certidumbre son los otros seres vivos, las plantas y los animales; los animales distintos al hombre viven en la certidumbre del instinto, viven en la conducta funcional, mimética con la naturaleza.

### **La incertidumbre como descripción de una época.**

Ahora bien, sabemos que está convocatoria de Felafacs, se titula *Ciudadanías de la Incertidumbre* y que tiene como horizonte el lograr poner sobre el tapete las reflexiones e investigaciones que se han logrado en torno a una condición definida en el marco histórico actual. La invitación supone que no vamos a hablar de la condición humana limitándonos al plano filosófico, no vamos a reiterar una afirmación genérica, muchas veces pronunciada sobre que a lo largo de la vida de todos los hombres y, en cualquier etapa de la historia, éstos han vivido, han sentido y han reclamado por la incertidumbre ontológica, por la incertidumbre social, por la incertidumbre personal. No, hoy hemos sido convocados a

reflexionar sobre el aquí y el ahora, a pensar ¿por qué el ciudadano del siglo XXI, del año 2006, siente o está en medio de la incertidumbre (inseguro, incierto, desprotegido)?, ¿por qué y cómo percibe su existencia asaltada por miedos y llena de malestares?.

El inicio de nuevo siglo, de nuevo milenio no es regocijante, no es de fuerza anímica progresiva. Pareciera que la centuria que apenas acaba de iniciarse, no tiene frente a sí grandes proyectos que le den esperanza a la humanidad y le promuevan su espíritu emprendedor y realizador; ¿para qué proyectos colectivos de histórica trascendencia cuando lo más notorio es el fracaso de pasadas ilusiones, que han agregado a la desnudez metafísica la desnudez histórica, que han resaltado la impotencia, que nos ha conducido, todo ello junto, a compulsivamente demandar protecciones, garantías, seguridades? ; algunos diagnostican que el hombre del siglo XXI está sólo frente a lo incierto del futuro, tanto más sólo y más grave es su estado de incertidumbre actual, si se tiene en cuenta que en el ejercicio de su voluntad de poder (*sapiens-demens*) no sólo construyó sino que también destruyó mundos, no sólo como espíritu fáustico, erigió y pulverizó enormes poderes, también erró por el mundo, también se ilusionó, deliró con la permanencia y la indestructibilidad de su obra. Los evaluadores dictaminan que el fracaso es directamente proporcional al grado de idealización que la humanidad industriosa prohió. Delirio que desconoció y menospreció los efectos colaterales; los costos fueron mensurados como menores frente a esta ideología de la destrucción creativa. Al cabo de unos siglos, el tono de balance, el tono de pérdidas y ganancias es inevitable.

¿Es una ganancia desenmascarar los sueños megalomaniacos y, por tanto, perder las ilusiones?. La evaluación histórica, la confrontación de la modernidad con sus propios resultados<sup>3</sup> enfatiza muy poco en la observación filosófica de la incertidumbre como morada del hombre, ¿quizá no debería ser así?. Son pertinentes las respuestas a varias preguntas: ¿cuál es la relación entre Naturaleza y Cultura?, ¿cómo y cuánto deberíamos alejarnos de nuestra naturaleza?, ¿quién o qué es más sabia, la naturaleza o la cultura? ¿es un falso dilema?, ¿Acaso no se define en sentido filosófico la tragedia humana como lo indiscernible entre su libertad (cultura) y su determinación (naturaleza)?

Si damos el tránsito de mega-interrogantes filosóficos a discernimientos históricos coyunturales, otro horizonte comprensivo se da ante nosotros. La auto comprensión actual sobre nuestro estado de incertidumbre tiene otra ubicación discursiva, el talante pesimista del fin de los grandes proyectos y la anemia ideológica posee otras procedencias y obedece a otros intereses. El balance no es el de reiterar metafísica o religiosamente que todo lo humano es pasajero, lábil, efímero. Cuando invocamos la incertidumbre hoy día no estamos, como los griegos de la antigüedad, ante el desafío para que el hombre despliegue su ser, rete al destino y se preocupe constituyéndose con y a través de un *conócete a ti mismo*. El discurso de la incertidumbre hoy no es una plataforma para entendernos, una oportunidad para buscarnos; todo lo contrario, es una paranoia y un terror expandido para generar el pánico, para imponer el orden, administrar la gente, para hacer del poder un poder legítimo que cabalga ya no sobre el miedo a la muerte sino sobre el miedo a la vida.

---

<sup>3</sup> Beck, Ulrich y otros, *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Edit. Anthropos, Barcelona, 1996, Pág. 201 y ss.

A este respecto, lo cierto es que la incertidumbre promovida como *Zeitgeist* –como espíritu de la época—como hecatombe existencial, es un discurso estratégico, encubridor, objeto de consumo, publicitado por vencedores para vencidos. Incertidumbre, en este segundo sentido, es la resultante de una coyuntura histórica y de la propagación de una ideología de la perplejidad y la impotencia. Después de 1989 (la caída del Muro de Berlín, el fin de la Guerra Fría y el colapso del socialismo realmente existente) y con el poder expansivo del mercado se ha propagado el imaginario de que estamos a merced ya sea de manos invisibles del mercado (neoliberalismo) o de fuerzas ingobernables (globalización). Unos repiten, otros predicán que la globalización es incontrolable e inexorable, que el Estado como matriz de cohesión, dirección y organización sociales está siendo sobrepasado por fuerzas que van más allá de la gobernabilidad social y política. El resumen (a manera de veredicto resignado) de este discurso desencantado y fracasado es que el hombre portentoso, del progreso, de la ciencia, del proyecto, siente hoy día que el agua se escapa por entre los dedos de la mano y se encuentra seco de cara a su mundo, a su vida, sin modelos a seguir, sin verdades estables, sin revelaciones anunciadas, sin sueños y sin capacidad de soñar. Algunos se preguntan no sólo ¿dónde están las empresas histórico-colectivas a seguir?, ¿dónde están las ideologías, el sentido, los paraísos por conseguir?, más acuciosamente se interrogan por el sujeto cuya actitud era la osadía, la aventura, ¿dónde está el hombre, el sujeto de la cultura, del trabajo de dejar huella, el sujeto del duro deseo de permanecer en la memoria?, ¿dónde está el hombre que como decía Shakespeare está hecho de la materia de los sueños?.

Mientras tanto en el ámbito concreto de la realidad impera el pragmatismo: negación no sólo de la utopía y de los utópicos en términos de imposibilidad de alternativas sino de la eficacia del accionar colectivo. Está es la cara de la incertidumbre que me parece puede haber inspirado a los organizadores del evento que sabiamente y, en tono de polémica, redactaron un sugestivo subtítulo que en el mismo afiche se resalta, *poder, comunicación y subjetividad*. Este subtítulo me inspira a la manera de Nietzsche para señalar un **tercer sentido de la incertidumbre**, entendiéndola no como la angustia sino como la oportunidad de sentirnos trágicos, es decir de sentir lo humano demasiado humano, de percibir la cercanía y por tanto el peligro del desafío, el desafío de integrar al poder humano, la comunicación social pero con sujetos deseantes, deliberantes, actuantes. Poder, comunicación y subjetividad pueden ser las instancias que se abran y aglutinen a la modernidad-mundo para contrarrestar la sociedad de consumo de la incertidumbre. Desde luego, el saber alegre de Nietzsche es todo lo contrario del angustioso estado de agitación contemporáneo. El pensador alemán nos invitaba a reír cuando reemplazamos las verdades fundamentales por probalidades fundamentales, por directrices provisionalmente asumidas con las que se vive, se piensa, se actúa.

En lo que sigue vamos a ampliar lo que hemos dicho de la incertidumbre en el segundo sentido, es decir, como una dimensión histórica de la modernidad, como una percepción históricamente producida, políticamente producida y, por ende, resultante, de las transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales.

**Modernidad: Destino construido -- Destino  
manufacturado**

**“Los poderes terrenales no acuden al rescate de los humanos ya embargados por el temor, aunque intentan todo lo posible, y aun lo imposible, para convencer a sus súbditos de que tal es ciertamente el caso. Los poderes terrenales, de un modo muy similar a las novedades de los mercados de consumo, han de crear su propia demanda. En aras de su capacidad de controlar, sus objetos deben *hacerse y mantenerse* vulnerables e inseguros”**

Zygmunt Bauman

“La gran transformación” que describiremos a continuación quizá pueda generalizarse a muchas geografías a muchas sociedades del planeta entero, teniendo presente, eso sí, las variaciones, las diferencias, los matices correspondientes<sup>4</sup>. La gran transformación alude, *grosso modo*, al tránsito de las sociedades agrícolas, aldeanas, comunitarias del pasado a las sociedades modernas industriales, postindustriales, cosmopolitas y liberales de la actualidad. Como se podrá inmediatamente advertir el lapso de tiempo y las dimensiones que cambian son lo suficientemente amplios para que por efecto comparativo se resalten en alto relieve las diferencias de una época a otra, de una sociedad en sentido tradicional a una sociedad en sentido moderno.

La descomunal revolución va dándose a través de espasmos inesperados e intensos, pero también en graduales y extensivos movimientos que nos procuran no súbitas transformaciones de la noche a la mañana, sino

---

<sup>4</sup> Beriain, Josexto, *Modernidades en disputa*, Edt. Anthropos, Barcelona, 2005.

modificaciones que sólo se hacen visibles en la mediana y en la larga duración.

La gran transformación moderna, los extendidos e intensos cambios iniciados hace cinco siglos, sabemos van de la mano con el capitalismo como modo de producción dominante y con tendencia globalizante. Esta modernidad capitalista destruye los “estratos protectores” premodernos (Shumpeter), la hacienda, la aldea y el gremio artesanal. Disuelve las comunidades tradicionales –basadas en vínculos morales fuertes, en jerarquías estamentarias, igualmente esta “destrucción creativa” desvanece las estructuras soportantes de la personalidad (la familia, las generaciones y las relaciones intergeneracionales, las instituciones integradas normativamente), incluso, esta gran transformación, con el furor de las fuerzas productivas y el desarrollo tecnológico, achica el planeta, acelera el tiempo<sup>5</sup>, fragmentando la espacio-temporalidad tradicional, produciendo una especie de segunda naturaleza desterritorializada.

La trayectoria de superación del pasado, la instalación en el presente y en el futuro, entonces, destruye estratos protectores, disuelve las comunidades tradicionales, erosiona las estructuras soportantes de la personalidad y, por último, pulveriza la distancia. Esta trayectoria es o describe a la época moderna. Época que se inicia en Europa y va emergiendo paulatinamente por toda parte, bajo la premisa del discurso de la auto producción de las condiciones de existencia humana.

En términos generales, la modernidad es la condición de un hombre que se auto interpreta como constructor o inventor

---

<sup>5</sup> Augé, Marc, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Edit. Gedisa, Barcelona, 1995.

de sí mismo, como un *homo faber*<sup>6</sup>. El hombre ya no se da como criatura divina como en el pasado medieval. El hombre moderno adelanta una auto comprensión como libre, no predefinido, sujeto a la conquista y auto invención por encima de la verdad revelada y el destino teológico señalado. Esta modernidad como auto productora del orden social, del individuo y del conocimiento es al decir de Marshall Berman:

“Hay una forma de experiencia vital --la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida—que comparten hoy los hombres y mujeres de todo el mundo de hoy. Llamaré a este conjunto de experiencias la “modernidad”. Ser modernos es encontrarnos con un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos a una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx: “todo lo sólido se desvanece en el aire”<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> *Homo fáber*, se ha utilizado con los significados de fabricante de utensilios, trabajador, hombre técnico. En el sentido aquí expuesto, se refiere al hombre como transformador de las condiciones de existencia propias y de su entorno. Es el hombre que genera un *orden social producido* por oposición al hombre tradicional que es generado por un *orden social transmitido*.

<sup>7</sup> Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Siglo XXI editores, 1988.

Ser modernos es ser libres, libres para crear un mundo y libres de la protección de los marcos de certidumbre premodernos o tradicionales. El hombre moderno es un aventurero, un conquistador, no obstante lo cual, tiene que pagar un precio a su osadía: la seguridad, el cuidado y protección que obtenía de la comunidad, la familia, la aldea. El deseo de libertad, el deseo de cambiar, de crear, lo arroja al vértigo del cambio, a la soledad, al miedo, a la desorientación y muchas veces a la desintegración.

Claro que esta faceta interpretativa es susceptible de matización si recordamos y asumimos también, que la libertad moderna no se da en el vacío social, en el atomismo extremo de seres individuales a-sociales o postsociales. Si observamos con detenimiento, la libertad moderna es o se expresa en términos sociales y congruentes con un orden político-social, es decir, en términos de institucionalización. En la historia posterior a la emancipación del paternalismo premoderno no fuimos lanzados a una libertad sin más, a una especie de mundo feliz sin gobernantes, sin gobernados, a una especie de reino, si no totalmente paradisiaco (por cuanto que no hay que olvidar que la historia en cualquier momento comporta la lucha, el trabajo y el esfuerzo de los humanos) por lo menos, a una fantástica estancia despojada de relaciones de poder en el que nuestros deseos fluían sin agotamiento y eventualmente con la posibilidad de satisfacción suficiente.

Desde esta óptica nos damos cuenta que la modernidad es de manera análoga al mundo del pasado tradicional (que poseía otras estructuras de inclusión-protección), al igual que el mundo feudal y medieval, un orden social que genera moradas cohesionadoras denominadas instituciones: el estado, la nación, la escuela, las clases sociales, la

sociedad civil, los medios de comunicación, los partidos políticos, los sindicatos, etc. Es decir, el hombre como ser libre hace parte de estructuras inclusivas o estructuras cohesionadoras al interior de las cuales transcurre su vida en términos de lo que actúa, piensa, dice, vive, siente, lucha y sueña.

Es importante repetir que estas totalidades inclusivas en la modernidad, se declaraba explícitamente, tienen un origen humano, no son donaciones divinas, verdades reveladas. Piadosamente podríamos decir que comparada con la sociedad premoderna, la nueva sociedad ofrecía otros nichos protectores, que igualmente podrían vivirse e interpretarse ya sea como plataformas de realización o como cárceles normalizadoras, oprobiosas, vigilantes y sancionadoras<sup>8</sup>. Si para el caso de Europa, el hombre medieval estaba envuelto en el destino cósmico, que le generaba “el terror cósmico” y, por consiguiente, Dios fungía como *reductor de contingencia*<sup>9</sup>, el hombre de las modernidades es subjetivado en el soporte de un destino que tenía que aceptar, viviendo una vida temporaria, fugaz y contrarrestada por la ilusión de la permanencia a través de las “comunidades imaginadas”: la Nación, El Estado: “los hombres pasan, las instituciones quedan”. La dialéctica entre libertad y seguridad, mortalidad e inmortalidad, estaba resuelta en términos de individuo transitorio, sociedad permanente.

Frente a la imaginación de la libertad, surge como lo declara Berman, el miedo y la inseguridad, frente a la cruda realidad de la vida, las instituciones como estructuras inclusivas, mitigan los miedos, sobretudo el miedo a la libertad,

---

<sup>8</sup> Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI editores, 1984.

<sup>9</sup> Beriain, Josexto, *La lucha de los dioses en la modernidad*, Edit. Anthropos, 2000.

ofrendándonos el lecho protector-represor-administrador, en el que ahora soportamos no un destino teológico, sino un destino social. De tal suerte que el reemplazo de dios y/o los dioses en el mundo moderno se da a través de estas *realidades trascendentes intermedias*<sup>10</sup> con características o ubicadas en el ámbito profano.

Se supone que estos cohesionadores sociales son el resultado del accionar del *homo faber*, el hombre como inventor de sí mismo, el hombre como trabajador al decir de Marx. Por consiguiente, en el terreno de las ideas, en el terreno ideológico, el Estado, La Nación, La Escuela, son el producto de la voluntad humana (la soberanía popular), de su decisión y, por ende, no son necesidades históricas, son contingencias, en el sentido de creaciones del hombre apoyadas en su libre decisión productiva, son creaciones del hombre como ser mortal y, por consiguiente, son creaciones transitorias, igualmente, mortales. Pero por encima de todo son perfectibles, falibles, contingentes, vulnerables, inseguras y riesgosas. De tal suerte que el terror cósmico ante lo indomado de la naturaleza aquí se hace “terror oficial”, por cuanto que el miedo se traslada del dominio no logrado de la naturaleza ante la ignorancia, en un miedo ante la no pertenencia, la administración incierta y perversa del destino social, por ignorancia, impotencia, alienación, dominio, etc.:

“Vulnerabilidad e incertidumbre son las dos cualidades de la condición humana a partir de las cuales se moldea el <temor oficial>: miedo del poder humano, del poder creado y mantenido por la mano del hombre. Este <temor oficial> se

---

<sup>10</sup> Bauman, Zygmunt, *En busca de la política*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 2001, Pág. 40 y ss.

construye según el patrón del poder inhumano reflejado por (o, más bien, procedente de) el <temor cósmico>”<sup>11</sup>.

Puede ser que el temor cósmico, el pavor ante lo inconmensurable e inefable del mundo, no necesite de mediaciones humanas —aunque que duda cabe que las religiones y sus organizaciones deben su existencia esencialmente a la oferta de administración de dichos miedos—contrario a lo que sucede con el terror oficial, expresión que indica de por sí que este miedo sólo puede ser diseñado artificialmente:

“Los poderes terrenales, de un modo muy similar a las novedades de los mercados de consumo, han de crear su propia demanda. En aras de su capacidad de controlar, sus objetos deben hacerse y mantenerse vulnerables e inseguros”.<sup>12</sup> Es decir, la vulnerabilidad y la incertidumbre humanas son la principal razón de todo poder político, razón de ser en el sentido de legitimidad y de modo principal, en el sentido de que el poder político administra nuestros miedos, nuestras inseguridades, nuestra vulnerabilidad. Ahora el poder, no sólo actúa por represión, también actúa por estimulación y administración<sup>13</sup>.

A este respecto entonces podríamos preguntarnos ¿De dónde procede, en dónde se origina la incertidumbre actual?. La incertidumbre en este sentido no es una condición que desde la metafísica revele la finitud de la acorralada criatura humana ante la naturaleza no domeñada o lo todopoderoso de dios o los dioses. La incertidumbre es un producto social, un producto de las relaciones sociales, de las relaciones de poder, la incertidumbre es el rostro que

---

<sup>11</sup> Bauman, Zygmunt, *Vidas desperdiciadas*, Edit. Paidós, 2005, Págs. 65 y ss.

<sup>12</sup> *Ibidem*, Pág. 69.

<sup>13</sup> Foucault, Michel, *Op. Cit.* Pág. 261 y ss.

dibuja el terror oficial en la época moderna globalizada. Época en la que es el Mercado, el poder del mercado el que dicta las reglas del juego. El mercado ahora está erosionando las *realidades trascendentes intermedias* (El estado, la nación, la clase social, la sociedad) y enfrenta al individuo sólo con las enormes fuerzas económicas; el Mercado es antípoda de la ciudadanía, él, trata con individuos consumidores y sobretodo con consumidores triunfantes. En este orden de ideas, decimos que la modernidad como época en que la construcción de la incertidumbre tiene bases sociales va agudizando para los individuos una situación de impotencia, cuando ellos se enfrentan o mejor, son víctimas de un sistema tecno-económico enorme, indirigible, que produce sistemáticamente el desempleo, la marginación, el imperativo de flexibilización, etc. El hombre moderno, el hombre fáustico, dominador por excelencia, se ve dominado y apabullado por un destino que ya no proviene de sus temores atávicos frente a la terrible naturaleza, sino frente a un destino social. Es lo que varios autores denominan como *destino manufacturado*<sup>14</sup>. En el sentido de que las condiciones sociales de existencia son vividas como incontrolables, como fetichizadas, naturalizadas, como consecuencia de ellas, no somos libres y creadores sino esclavos y suplicantes de protección, seguridad, fiabilidad, etc:

“Contrariamente a lo que afirma la proposición metafísica de la “mano invisible”, el mercado no está en busca de certidumbre ni tampoco puede generarla, por no hablar de darle visos de consistencia. El mercado florece con la incertidumbre (llámese competitividad, desregulación, flexibilidad, etc.) y, para nutrirse, la reproduce en cantidades

---

<sup>14</sup> Beck, Ulrich y otros, *Consecuencias perversas de la modernidad*, Edit. Anthropos, Barcelona, 1996.

cada vez mayores. Lejos de ser un elemento de proscripción para la racionalidad de mercado, la incertidumbre es su condición necesaria y su producto inevitable”<sup>15</sup>

Como lo dijera la muy neoliberal Margaret Thatcher, no existe la sociedad, sólo existen individuos y familias; la situación del Mercado como destino desplaza la acción del Estado a otras fuentes de su legitimidad. Ante la declaración de que el Mercado es la condición insuperable de nuestro tiempo, frente al cual la regulación política y social es anti-técnica, trabadora, el Estado legítima su existencia generando otros miedos, produciendo y exaltando otros terrores. Parafraseando a Epicteto el sabio estoico de la antigüedad podríamos decir que no son las cosas (la realidad) la fuente suprema de nuestras pasiones (sufrimiento, goce, miedo) sino la representación que tenemos o nos dan de ellas. Así, por consiguiente debemos concluir que para esta humanidad contemporánea sería importante desarrollar un contra-poder que distinga entre el crimen y el miedo al crimen. Nuestros miedos no se alimentan del crimen, sino del clima de inseguridad generalizado.<sup>16</sup> Los poderes nos han expropiado de nuestros miedos, se nos despista cuando se nos dibuja políticamente el peligrosismo del delincuente, del habitante de los cordones de miseria, del habitante del gueto, del enemigo, del inmigrante, del terrorista:

“De ahí las alarmas referentes al deterioro de la seguridad, que incrementan las ya abundantes ofertas de <temores relativos a la seguridad>, al tiempo que desplazan las preocupaciones públicas y las salidas a la ansiedad individual lejos de las raíces económicas y sociales del

---

<sup>15</sup> Bauman, Zygmunt, *En busca de la política*, Pág. 40.

<sup>16</sup> Beck, Ulrich, *Hijos de la libertad*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 2002.

problema y hacia preocupaciones relativas a la seguridad personal (física)”<sup>17</sup>

Esta incertidumbre manufacturado por, para el poder y su administración, ha tenido en el más reciente lustro, desde septiembre de 2001, una intensa ejemplificación cuando se ha proclamado como punto central y casi único de la agenda la lucha contra el terrorismo y por la seguridad global. Por supuesto esto tiene como contrapartida el dejar intacta, declarada impune, invocada compulsivamente, una sociedad de mercado como estadio racional de la globalización. Esta impunidad del mercado, esta proclamada bondad de su naturaleza simultáneamente es la que se impone a los individuos para que solucionen biográficamente las penurias, los problemas y las contradicciones surgidas sistémicamente. Si el Mercado se impone a los Estados y a las Sociedades, si el Estado como orden social cohesionador se declara y/o es declarado impotente frente a fuerzas tecno-económicas ubicuas, imprevisibles, transterritorializadas, el Estado tiene que crear, inventar miedos para ofertando soluciones ganar legitimidad. Se trata de promocionar incertidumbres y vulnerabilidades no económicas, para legitimarse. Esto de modo simultáneo es la absolución del Mercado y las fuerzas económicas como las causantes de la angustia contemporánea y la representación de la razón de ser del Estado, de su justificada existencia, por cuanto que acude a los individuos para darles la seguridad o la sensación de tal. Por efecto carambola, a la par que el Mercado impera, el Estado se legitima desde la oferta de seguridad, la sociedad, de por sí ya atomizada por la competencia económica, es presa de una desintegración mayor cuando el imaginario de la inseguridad y el delincuente expelen un clima de desconfianza, sospecha,

---

<sup>17</sup> Bauman, Zygmunt, *Vidas desperdiciadas*, Pág. 51 y ss.

retraimiento e inmovilidad. Se trata de una realidad de individuos que sólo conciertan acciones colectivas transitorias, desesperadas ante amenazas reales o virtuales, lo que la filosofía política llama el *liberalismo del miedo*. El Estado actual cada vez menos oferta seguridad social, si dispusiera lo contrario, tendría que enfrentarse a la Economía de mercado y su aterradora producción de incertidumbre.